

BORRÓN Y CUENTA NUEVA

Por Manuel CANTARERO DEL CASTILLO

NO marchan bien las cosas para el asentamiento y la consolidación de la democracia como forma de una definitiva convivencia española civilizada. No marchan bien las cosas ni objetiva ni subjetivamente. De que no marchen bien objetivamente, nadie es responsable; de que no marchen bien subjetivamente, lo somos todos en mayor o menor medida. Y no marchan bien las cosas subjetivamente, porque, como dice la vieja sabiduría popular, quien «siembra vientos recoge tempestades». Y aquí unos han sembrado muchos vientos en la época del Régimen, con el signo político del mismo. Ahora los siembran otros con el signo contrario. Este es, fácticamente, el cuento de nunca acabar.

Durante los veinte últimos años, del franquismo gasté mi modesta pólvora dialéctica en reivindicar los derechos y libertades ciudadanas de la izquierda vencida. Ahora, la poca que me quede, me entran ganas de gastarla en defensa del franquismo decente, que es hoy —en el intento de democracia en el que estamos inmersos— tan merecedor de respeto como lo fuera la izquierda humillada en los días del Régimen. Y si alguien me dice que no hubo franquismo decente estará incurriendo en el mismo condenable maniqueísmo del Régimen, para el que no hubo nunca ningún izquierdista decente.

Aquí, como siga la verbalización política por la espiral a través de la cual discurre y no le toque al país un «premio gordo» en la lotería económica (y no le va a tocar), se va a armar «la de Dios», si Dios no lo remedia. Sin un mutuo respeto esencial a la honorabilidad de las personas e instituciones, pasadas y presentes, sea cual sea su signo político, la democracia no va a funcionar y no va a funcionar tampoco lo que es aún más importante en una situación de adversidad colectiva como la que España padece: la imprescindible solidaridad esencial de todos.

Durante los años indicados, insistí una y mil veces que había que «superar» la victoria de 1939, precisamente para que esa victoria pudiese tener un significado histórico positivo. No sirvió para nada. Se siguieron sembrando vientos y hoy

se recogen tempestades. Desde antes de la muerte de Franco traté, por otra parte, de llamar la atención de la izquierda en el sentido de hacerle comprender que el tránsito de la dictadura a la democracia había que concebirlo también como «superación» y no como «reversión» de la victoria de 1939. Y ello, aparte de por razones éticas, por razones de condicionamiento histórico objetivo. La izquierda no parece haberlo entendido así y está practicando, salvo dignas y hasta paradójicas excepciones, un triunfalismo que es otra siembra de vientos prometedora de nuevas y seguras tempestades futuras.

Lo he dicho y escrito muchas veces: la irracionalidad engendra irracionalidad. Y la irracionalidad en política es siempre, y a la postre, violencia y sangre. La democracia española no se va a consolidar y a asentar si el «pacto nacional» imprescindible, el pacto de las condiciones esenciales para la convivencia de todos, el pacto de la racionalidad mínima de todos, no parte de un sincero e histórico «borrón y cuenta nueva» general; si todos como tantas veces he pedido, no nos decidimos a hacer política prospectiva y no retrospectiva.

Aquí, en política —¡atención, compañeros de la pluma!— hay que dejar de hablar de una vez de las responsabilidades de Franco o de Azaña, de Carrillo o de Fraga, por poner algunos ejemplos de vivos y muertos; aquí hay que dejar de hablar, de una vez, de los crímenes del comunismo o del fascismo; aquí hay que dejar de pensar en sentar a nadie en el banquillo por las conductas de ayer; aquí tenemos que arnisiarnos todos a todos; aquí, en fin, hay que dejar de hablar de responsabilidades pasadas de unos o de otros para responsabilizarnos todos, solidariamente, del presente y del futuro, en el plano de lo esencial comunitario que es en el que se cimienta toda auténtica democracia.

Desgraciadamente, no parece que nadie esté dispuesto al imprescindible «borrón y cuenta nueva» y el espectáculo político al que asistimos, que a mí me produce náuseas en aspectos trascendentales, es el de la siembra de una tremenda tempestad política; el de la fabricación de una nueva gran frustración histórica. Tal vez, de una nueva tragedia civil. ¡Ojalá me equivoque!—M. C. del C.